

EL DÍA QUE CAMBIÓ LA HISTORIA

Los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono se convirtieron en el golpe terrorista más sangriento perpetrado contra EE. UU. y su población. Con el aporte de investigadores y especialistas en la materia, DEF analiza estos hechos y la posterior campaña de ataques yihadistas en el mundo, a la luz del inquietante fenómeno del radicalismo islámico.

Por Mariano Roca





Los atentados contra las Torres Gemelas apuntaron al corazón financiero de EE. UU.

El 11 de septiembre de 2001, un verdadero cataclismo sacudió a EE. UU. y al planeta. Esa mañana, dos aviones de línea, secuestrados y piloteados por terroristas suicidas, colisionaron contra las Torres Gemelas, en el corazón de Manhattan, mientras que una tercera aeronave impactó en el ala oeste del Pentágono. Un cuarto avión, que se presume tenía como destino la Casa Blanca o el Capitolio, terminó estrellándose en un descampado al sureste de Pittsburgh, luego de que los pasajeros intentaran retomar el control del aparato, secuestrado por otro comando yihadista. Estos sangrientos ataques, minuciosamente planificados y financiados por la red terrorista Al-Qaeda, costaron la vida de 2996 personas y lograron sembrar el pánico en la población estadounidense.

“Este dolor inconmensurable fue provocado por 19 jóvenes árabes, que actuaron a instancias de un grupo extremista islámico con sede en Afganistán. Algunos de ellos habían estado viviendo en EE. UU. durante más de un año, mezclados con el resto de la población. Cuatro recibieron entrenamiento como pilotos. Muchos de ellos hablaban un inglés muy pobre, y algunos ni siquiera hablaban el idioma. En grupos de cuatro o cinco personas, llevando consigo tan solo pequeños cuchillos, trinchetas y algún tipo de *spray* con gas paralizante, consiguieron secuestrar cuatro aviones de línea y convertirlos en mortíferos misiles”, resume el informe final de la Comisión parlamentaria que investigó el 11-S, cuyos resultados fueron presentados en julio de 2004.

11-S, EL “ARQUETIPO” DE ATENTADO TERRORISTA

En diálogo con DEF, Patricia Kreibohm, directora del Observatorio Universitario de Terrorismo (OUT) del Instituto de Relaciones Internacionales (IRI), dependiente de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), destaca la “creatividad e innovación que tuvieron los hechos horribles, tanto desde el punto de vista de la concepción de la idea como de su planificación y ejecución”. Sostiene que los ataques del 11-S “cumplieron con todos los requisitos de un atentado a gran escala, costaron muy poco dinero y significaron para EE. UU. no solamente una tragedia humana, moral y política, sino también un golpe económico muy fuerte, por los costos inmediatos, pero



Dos trabajadores se refugian de la nube de polvo que invadió Manhattan tras los atentados.

fundamentalmente, por lo que vino después de los atentados: las campañas militares en Afganistán e Irak, que pesaron y siguen pesando fuertemente en el erario público estadounidense”, añade esta investigadora, autora del libro *El terrorismo contemporáneo: teoría e historia durante la segunda mitad del siglo XX*.

“Crear inquietud y llamar la atención son dos objetivos de todo acto terrorista”, subraya Kreibohm, quien aclara que “sus autores saben que no solamente matan, hieren y provocan el caos, sino que alteran, de alguna manera, el sistema de vida de la población que es víctima de sus ataques”. Afirmo que los responsables de los hechos del 11-S explotaron al máximo “el sistema de libertades norteamericano” y que esos atentados reunieron las

características arquetípicas de un acto terrorista: “Fueron propagandísticos, sorprendidos, de una violencia espectacular, y eligieron como blanco edificios emblemáticos y simbólicos de EE. UU”. Tuvieron además, desde su punto de vista, “todos los condimentos dados por una encrucijada de tiempo y espacio que cabe analizar: se produjeron una década después de la guerra del Golfo y de la caída de la Unión Soviética, en un momento de búsqueda por parte de EE. UU. de ir avanzando hacia regiones del mundo sobre las que no ejercía todavía un control absoluto”.

UNA AMENAZA HECHA REALIDAD

“Los ataques del 11 de septiembre fueron un *shock*, pero no deberían habernos

tomado por sorpresa”, concluyó la comisión del 11-S. “Los extremistas islámicos habían hecho suficientes advertencias de que estaban dispuestos a asesinar estadounidenses en forma indiscriminada y a gran escala”, señala el informe, que responsabiliza a las agencias de inteligencia en Washington por no haber estado a la altura de los retos que implicaba el accionar del terrorismo transnacional, que ya había dado indicios de su intención de atacar a EE. UU. en su propio territorio. Respecto de la red Al-Qaeda, el reporte apunta: “Bin Laden construyó, en el curso de una década, una organización dinámica y letal; y puso en pie, desde su santuario en Afganistán, una infraestructura para atraer, reclutar y entrenar voluntarios dispuestos a satisfacer sus objetivos más ambiciosos”.



Un neoyorquino camina sin rumbo, rodeado de un paisaje desolador.

En su libro *El mito de la superpotencia*, la exembajadora de EE. UU. ante la ONU, Nancy Soderberg, asegura: “Las fallas en la coordinación y la fijación del orden de prioridades y la falta de atención a la amenaza provenían del hecho básico de que, el 11 de septiembre de 2001, EE. UU. no estaba en guerra contra Al-Qaeda, mientras que Bin Laden sí estaba en guerra contra EE. UU.”. La exfuncionaria de Bill Clinton agrega: “Las profundas fallas del gobierno para comprender la vulnerabilidad de una sociedad abierta como la estadounidense, y el hecho de que Bin Laden haya entendido muy bien cómo explotar esa debilidad, impidieron que EE. UU. fuera capaz de detener a los 19 secuestradores”.

En rigor, el 11-S fue el corolario de una serie de cruentos golpes de ese grupo extremista contra intereses de EE. UU. en el exterior. En su declaración de “guerra santa” contra “los judíos y los cruzados”, dada a conocer en febrero de 1998 a través de una presunta *fatwa* o decreto islámico emitido desde Afganistán, Al-Qaeda emitía un mandato muy claro y explícito: “Matar estadounidenses y sus aliados, sean estos civiles o militares, es un deber individual de todo musulmán en cualquier país del mundo en que sea posible hacerlo”. Seis meses después, en agosto de 1998, la organización de Bin Laden atentó contra las embajadas de EE. UU. en las capitales de Kenia y Tanzania; y en octubre de 2000, perpetró un ataque suicida contra el destructor de la Marina estadounidense USS Cole en el estratégico puerto yemenita de Adén, a orillas del mar Rojo. Además de abrazar la causa palestina contra Israel y de culpabilizar a EE. UU. por su política de agresión a los musulmanes, el mayor cuestionamiento de Bin Laden a Washington hacía referencia a la presencia de esas tropas extranjeras

OSAMA BIN LADEN

EL ENEMIGO PÚBLICO NÚMERO UNO

Usama bin Muhammad bin 'Awad bin Ladin, comúnmente reducido a Bin Laden, fue un hombre de múltiples principios, y de un solo pero indescifrable final. Hijo de un adinerado empresario de la construcción, Bin Laden nació en Riad, capital de Arabia Saudita, y tuvo más de cincuenta hermanos. Multimillonario, fue criado en la fe islámica: profesaba la preeminencia de la *sharia*, también llamada "ley islámica", cuerpo de leyes que rigen la conducta civil y moral de los ciudadanos.

En 1979, en plena Guerra Fría, Afganistán se encontraba bajo la órbita socialista. Un golpe palaciego dentro del propio régimen de Kabul provocó la intervención militar de la Unión Soviética. Los llamados "muyahidines", guerrilleros islámicos de distinta procedencia entre los que se encontraba un joven Bin Laden, resistieron durante una década hasta la retirada de Moscú de su territorio, en 1989. Los grupos de la resistencia afgana contaron con ayuda de EE. UU. En otras palabras, Bin Laden fue entrenado por la CIA: aprendió a mover dinero entre países con destino a paraísos fiscales, conoció la preparación de explosivos y la comunicación en códigos. Dominó, además, el arte del ocultamiento. Bin Laden empezaba a descubrir que era Bin Laden.

El paso decisivo fue más tarde. Luego de la retirada soviética, en 1992, el joven guerrillero volvió a su país como un héroe. Sin embargo, no tardó en oponerse a la presencia de tropas estadounidenses en Arabia Saudita luego de la guerra del Golfo. Era el principio de una pasión, la más intensa y la que lo acompañaría hasta –y de hecho causaría– su muerte: el odio a EE. UU.

En 1989, Bin Laden fundó Al-Qaeda, que se convertiría en uno de los grupos terroristas más famosos del mundo. Lo hizo con amigos colaboradores que conoció en Afganistán y recibió, a partir de mediados de los 90, la protección de los talibanes que gobernaban el país. El objetivo era combatir a EE. UU., y fueron fieles a su premisa, con distintos atentados a lo largo de los siguientes años. Si algo anhela un terrorista es la publicidad. De ahí, también, la famosa entrevista con la CNN en 1996: desde una cueva



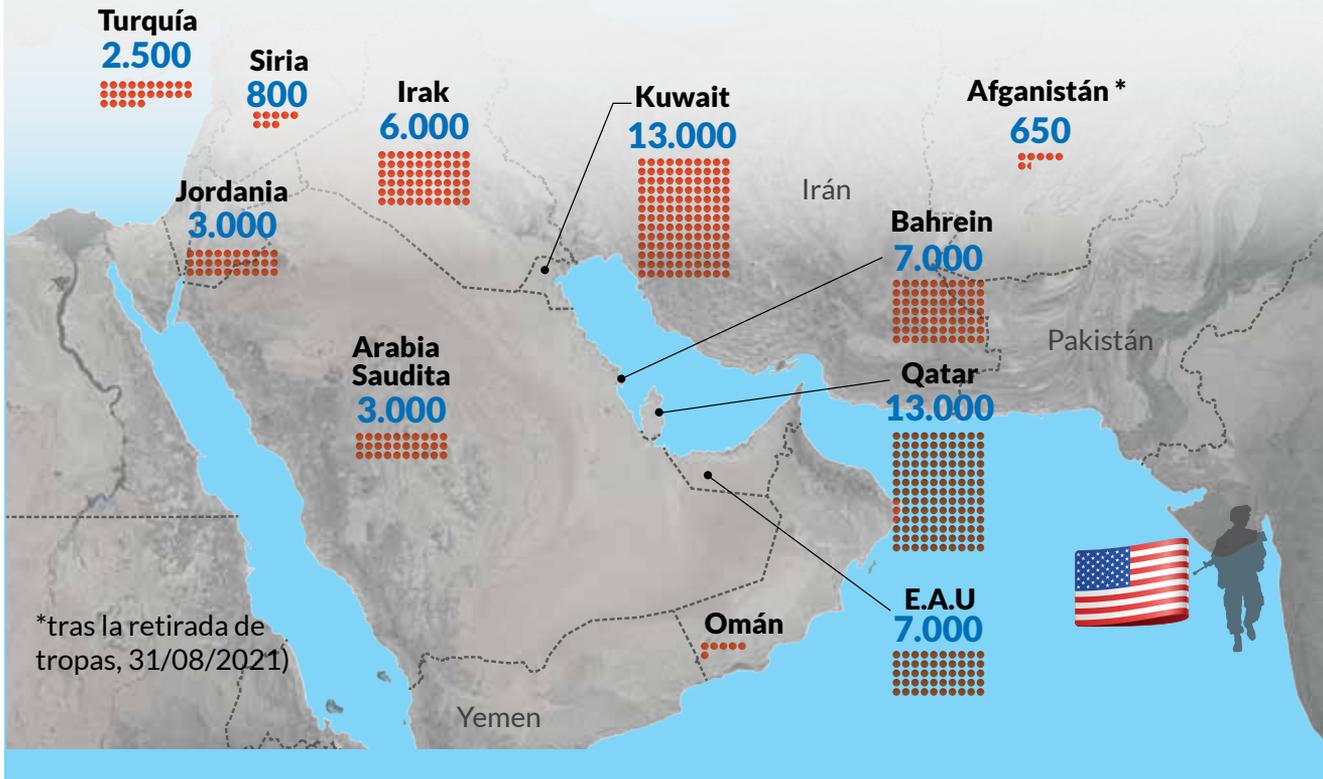
perdida en las colinas afganas, Osama Bin Laden declaró oficialmente la guerra a Estados Unidos.

En 2001, Al Qaeda buscó un lugar de exposición máxima entre los más altos rascacielos neoyorquinos: las Torres Gemelas. Si bien durante algún tiempo se creyó que el autor intelectual era Osama Bin Laden porque había reivindicado los ataques, luego, se descubrió que el verdadero cerebro de la operación había sido un radical islámico pakistaní llamado Khalid Sheikh Mohammed, detenido en 2003 en su país y trasladado posteriormente a la prisión de Guantánamo. Sin embargo, el 11-S fue inevitablemente asociado a la figura de Bin Laden.

A partir de entonces, la figura del líder de Al-Qaeda fue difusa. No se sabía si vivía, si las cintas que reproducían su voz eran reales o falsas. Circuló la versión de que había muerto de cáncer en 2002. Otros aseguraban que vivía recluido en las montañas de Pakistán. Finalmente, el 1 de mayo de 2011 se informó y demostró que fue abatido durante una inactiva militar de los EE. UU., en una mansión ultrafortificada de Abbottabad, a apenas 55 kilómetros de Islamabad, capital de Pakistán.

Estados Unidos Presencia de tropas en Medio Oriente

● Cada punto representa 100 soldados



en suelo saudita, entendida como una “profanación” de los dos principales lugares santos del Islam: La Meca y Medina.

“GUERRA CONTRA EL TERRORISMO”, UN BALANCE AGRIDULCE

En su primer discurso ante el pleno del Capitolio, nueve días después de los atentados del 11-S, el entonces presidente, George W. Bush, pronunció una frase que marcó lo que sería la tónica de la reacción de su país contra el enemigo yihadista: “Cada nación, en cada región del planeta, tiene una decisión que tomar: o están con

nosotros o están del lado de los terroristas”. Fue el comienzo de la llamada “guerra contra el terrorismo”, que tuvo su primer acto en la operación “Libertad Duradera”, que solo dos meses más tarde pondría fin al régimen talibán en Afganistán, acusado de dar cobijo a Bin Laden. La presencia de tropas de EE. UU. y sus aliados de la OTAN en suelo afgano, en el marco de la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (ISAF), se prolongaría hasta 2014. Posteriormente, en enero de 2015, la OTAN dio inicio a la misión “Apoyo Decidido”, con el objetivo de entrenar a las fuerzas de seguridad afganas, que, al cabo de seis años, se encuentran actualmente en pleno proceso de desactivación.

En marzo de 2003, en lo que sería el segundo y más polémico capítulo de la estrategia militar estadounidense posterior al 11-S, las tropas de la coalición liderada por Washington invadían Irak para derrocar a Saddam Hussein, cuyo régimen había sido incluido en el llamado “eje del mal”, junto con Corea del Norte e Irán. Esta vez, sin el acompañamiento de dos aliados clave, Francia y Alemania, y sin la aprobación del Consejo de Seguridad de la ONU, el gobierno de EE. UU. tuvo que conformarse con el apoyo del gobierno británico de Tony Blair, el respaldo de la administración española de José María Aznar y un puñado de socios menores en Europa y otros continentes. La ausencia

de pruebas que sustentaban la acusación de que Saddam Hussein estaba en poder de armas de destrucción masiva privó a Washington de la legitimidad que había tenido su intervención militar en Afganistán.

La construcción de las nuevas instituciones iraquíes tampoco daría los resultados esperados: la debilidad del gobierno central con sede en Bagdad —dominado por grupos chiitas, de estrechos vínculos con Irán— terminaría marginando a la comunidad sunnita, cuyo malestar se convirtió en un caldo de cultivo para el surgimiento del Estado Islámico, que proclamó en junio de 2014 la creación de un nuevo “califato” en Mosul, la tercera ciudad más poblada del país. Solo tres años más tarde, las fuerzas iraquíes, con el apoyo de la coalición internacional comandada por EE. UU., lograrían recuperar el control de esa metrópoli que se había convertido en símbolo de destrucción y barbarie.

EL YIHADISMO, UN DESAFÍO A LA DEMOCRACIA

Mientras EE. UU. se embarcaba en su “guerra contra el terrorismo”, una ola de atentados yihadistas golpeó también a Europa a lo largo de las últimas dos décadas. En su trabajo “El papel de la inteligencia en la lucha contra el terrorismo salafista yihadista”, Gustavo Díaz Matey, profesor de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Unidad de Investigación sobre Seguridad y Cooperación Internacional (UNISCI), destaca que “el terrorismo se ha venido manifestando en forma de ataques de alto impacto que han calado en el imaginario colectivo occidental, lo cual ha fomentado un estado de inseguridad y de temor ante la posibilidad de un ataque inminente en cualquier lugar”. Apunta, en ese sentido, a la



Un grupo de bomberos y socorristas trabajan en el Ground Zero, entre los escombros de las Torres Gemelas.

“estrategia de los mil cortes”, acuñada por la propia Al-Qaeda y que también se observa en los últimos atentados suicidas en Europa, con los siguientes rasgos: “acciones ‘sencillas’, directas y que garanticen un alto grado de letalidad y daños”. Y alerta: “La sofisticación de las armas usadas por los terroristas continuará estando en su simplicidad.

Por ello, es imposible proteger todos los objetivos o acabar con los terroristas totalmente: ‘Cuanto más se protejan objetivos importantes y probables, más se desplazará la amenaza terroristas hacia objetivos más vulnerables e improbables’.

La propagación de las ideas yihadistas propició el surgimiento de nuevas



Arriba: El ala oeste del Pentágono, destruida por el impacto del tercero de los aviones del 11-S.
Abajo: Los bomberos, los héroes de la jornada más trágica en la historia de Nueva York.

franquicias de Al-Qaeda y el Estado Islámico en el resto del planeta, con fuerte arraigo en Medio Oriente y África, en países con débiles estructuras estatales. A su vez, el Viejo Continente se vio sacudido por el fenómeno de los llamados “lobos solitarios”. Para Gustavo Díaz Matey, quien prefiere no utilizar esa categoría para definirlos, estos terroristas responden a las siguientes características: “Ciudadanos jóvenes nacidos en Europa y descendientes de inmigrantes, que se radicalizan, principalmente, por el impacto de la crisis económica internacional en el conjunto de los Estados miembros de la Unión Europea y por el fracaso de las políticas sociales y de integración”. Este experto se preocupa por marcar dos focos de difusión del extremismo religioso de matriz islamista: por un lado, internet y las redes sociales; y, por otro, las prisiones, donde suelen radicalizarse jóvenes detenidos por proselitismo o por propaganda yihadista.

EL DEBATE SEGURIDAD VS. LIBERTAD

¿Cuál fue el enfoque de Washington frente al 11-S y cómo reaccionaron los países europeos a estos embates del terrorismo? “La aproximación de EE. UU. al 11-S fue de tipo militar, a diferencia del enfoque europeo contra el terrorismo, que ha sido de carácter policial”, precisa Díaz Matey, en conversación con DEF. En el primer caso, específica, las acciones apuntan a la “búsqueda y eliminación del enemigo”; mientras que en el segundo, se pretende “encontrar a los miembros de los grupos terroristas y llevarlos ante la Justicia”. Ahondando en la misma línea argumentativa, Patricia Kreibohm explica que EE. UU. considera cualquier atentado ejecutado

EE. UU. FRENTE AL TERRORISMO

DE LA LEY PATRIOTA A GUANTÁNAMO



A partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001, a EE. UU. se le presentó el dilema de enfrentar al yihadismo en el marco del estado de derecho. A nivel interno, el avance del Estado sobre las libertades civiles tuvo como hito la aprobación de la Ley Patriota, sancionada por el Congreso en octubre de 2001, que autoriza a vigilar, sin orden judicial, comunicaciones de individuos sospechados de estar vinculados a actividades terroristas.

En el plano de la burocracia estatal, una prioridad de los sucesivos gobiernos de EE. UU. fue la centralización de la toma de decisiones para evitar la dispersión de las agencias encargadas de la inteligencia y la seguridad interior. A ese objetivo respondió la creación del Departamento de Seguridad Interior, en noviembre de 2002, que pasó a comandar el trabajo de más de veinte agencias federales que abarcan desde el control fronterizo hasta el servicio secreto. Otro hito fue la creación, en diciembre de 2004, del cargo de Director Nacional de Inteligencia, bajo cuya órbita se encuentran las agencias federales encargadas de la lucha antiterrorista y del combate contra la proliferación nuclear, y el Centro Nacional de Contrainteligencia y Seguridad.

Sin embargo, la medida más polémica fue el uso de la base militar de Guantánamo como centro de detención para alojar personas consideradas por Washington como integrantes de grupos yihadistas. Muchos de ellos fueron trasladados allí en vuelos secretos y sometidos a duros interrogatorios. En 2006, la Corte Suprema de Justicia de EE. UU. falló en contra del uso de tribunales militares especiales para juzgar delitos de terrorismo. Todavía quedan unos 40 detenidos en el Campo Delta, que supo albergar a 780 presos.

LAS SECUELAS DEL 11-S

EUROPA, EL NUEVO EPICENTRO DEL TERROR YIHADISTA

Con posterioridad al 11 de septiembre de 2001, el accionar del terrorismo yihadista tuvo como blanco privilegiado a grandes metrópolis europeas.

11 de marzo de 2004

Diez bombas contra cuatro trenes en las cercanías de la estación central de Atocha, en Madrid, provocan la muerte de 192 personas y más de 2000 heridos. Los siete integrantes de la célula yihadista se inmolan el 3 de abril en un departamento de la localidad de Leganés, en las afueras de la capital española, al verse rodeados por fuerzas especiales de la Policía Nacional.

7 de julio de 2005

Cuatro ataques suicidas contra la red de subterráneos de Londres y un autobús, en el centro de la capital británica, dejan un saldo de 56 víctimas fatales y más de 700 heridos. Los hechos se producen en momentos en que se celebraba en Escocia la Cumbre del G-8, con la presencia de los líderes de las principales potencias mundiales.

7 de enero de 2015

Los hermanos Saïd y Chérif Kouachi atacan la sede del semanario satírico *Charlie Hebdo*, en París, y asesinan a once personas en el interior de la redacción y a un policía que les hace frente en el exterior. Dos días más tarde, los autores del atentado son abatidos por la Policía francesa en una localidad ubicada a 35 km de París.

13 de noviembre de 2015

Siete terroristas actúan, de manera coordinada, en distintos puntos de la capital francesa y provocan la muerte de 131 personas, de las cuales 90 fallecen en el ataque a la sala de espectáculos Le Bataclan. El presidente François Hollande decreta el "estado de excepción", que terminaría prolongándose hasta noviembre de 2017.

22 de marzo de 2016

Tres terroristas suicidas se inmolan en el aeropuerto de Zaventem y en una estación de subterráneo de Bruselas, lo que provoca la muerte de 35 personas y un saldo de más de 300 heridos. Los hechos se producen cuatro días después de que la Policía belga detuviera en un suburbio de Bruselas a Salah Abdeslam, el único terrorista sobreviviente de los anteriores atentados de París, quien sería extraditado a Francia un mes más tarde.

14 de julio de 2016

Un camión de carga, conducido por un terrorista, arrolla a una multitud que celebraba la fiesta nacional de Francia en la rambla costera de Niza, y ocasiona la muerte de 86 personas y más de 450 heridos. El conductor del camión es, finalmente, abatido por la Policía francesa.

19 de diciembre de 2016

En Berlín, el ciudadano tunecino Anis Amri atropella con su vehículo a un grupo de peatones que participaban de un tradicional mercado navideño. El saldo es de 11 muertos y 56 heridos. El autor del atentado, quien había logrado darse a la fuga, es abatido por la Policía italiana en Milán, cuatro días más tarde.

17 de agosto de 2017

Un atropello masivo en las Ramblas de Barcelona deja un saldo de 16 muertos y 140 heridos. Horas después del ataque, en la madrugada del 18 de agosto, la Policía catalana logra abatir a otros cinco terroristas que intentaban perpetrar otro atentado en la cercana localidad de Cambrils.



Un bombero camina entre los hierros retorcidos del World Trade Center, en busca de sobrevivientes.

por el terrorismo internacional como “un acto de guerra” que, como tal, “merece una respuesta militar”; en tanto que los gobiernos europeos tratan este tipo de acciones como “un delito que, dentro del Estado de derecho, debe ser investigado y juzgado por los Tribunales”.

“Los regímenes democráticos no son, *a priori*, más vulnerables a los actos terroristas; de hecho, nuestro sistema de garantías y libertades no tiene por qué ser un obstáculo a la monitorización de células o individuos susceptibles de una rápida radicalización”, indica el investigador de la Universidad Complutense de Madrid, quien

advierte que muchos de estos jóvenes se ven “desorientados y perdidos, lo que muchas veces los lleva a adoptar ideas radicales”, lo cual “no significa necesariamente que vayan a cometer actos terroristas”. Por eso, sostiene: “El papel principal de la inteligencia residirá en conocer para entender; conocer cómo funcionan los diversos grupos, sus formas de actuación, de relación, de financiación y de captación, para poder entender la amenaza en su conjunto”.

“Al final, de lo que estamos hablando es de los modelos de convivencia que nosotros queremos para el futuro”, aclara Díaz Matey, quien dice: “De poco valen los recortes de libertades

porque, al final, de lo que tenemos que preocuparnos es de cómo gestionamos la integración en nuestras sociedades de personas que tienen unos valores y unas formas de vida distintos”. A largo plazo, sugiere, “será fundamental desmontar la narrativa terrorista, ya que el terrorismo actúa en representación de una base social que pretende confundirse con la sociedad en su conjunto”. Este analista concluye: “Debemos evitar entender esto como una lucha entre la democracia y el Islam. La forma de frenar la radicalización es a través de la educación y de la integración de estas personas en nuestras sociedades”. ▀

Atentados del 11 de septiembre de 2001

Nacionalidad de los 19 terroristas



¿Qué sucedió con el vuelo 93?

La versión oficial indica que un grupo de pasajeros se rebeló contra los captores, intentó retomar el control del avión y asaltó la cabina ocupada por los secuestradores, lo que generó la caída en picada y el impacto en una zona rural de Pennsylvania. Teorías conspirativas afirman que este avión habría sido derribado por un misil disparado por cazas de la Fuerza Aérea estadounidense, aunque no han aportado pruebas al respecto.

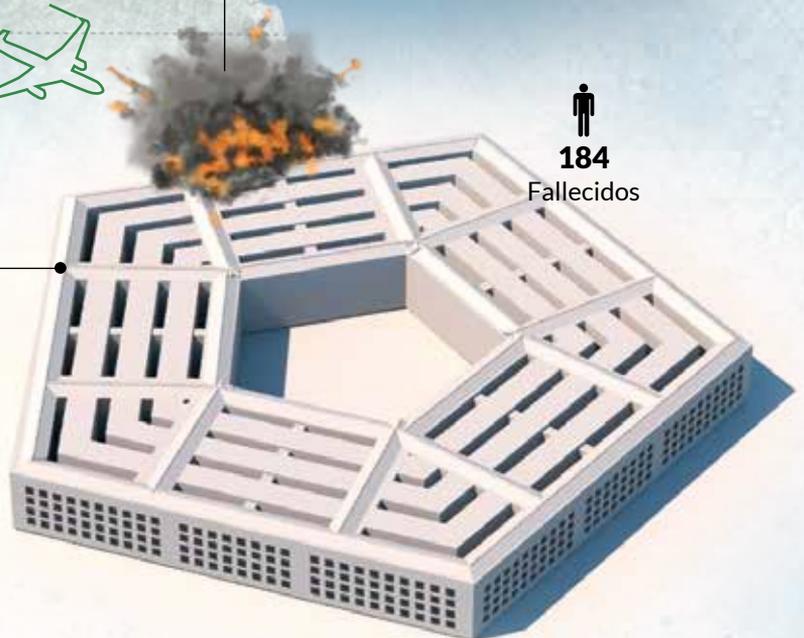


44 Fallecidos

184 Fallecidos

9:37 AM

Un Boeing 757 de American Airlines, correspondiente al vuelo 77 de Washington D.C. a Los Angeles, se estrella contra el Ala Oeste del Pentágono. Viajaban a bordo 64 personas, incluidos los cinco secuestradores.



Torres Gemelas - World Trade Center



8:46 AM



El Boeing 767 del vuelo 11 de American Airlines, que cubría la ruta Boston-Los Angeles, se estrella contra la Torre Norte. El impacto se produce entre los pisos 93 y 99. Viajaban a bordo 92 personas, incluidos los cinco secuestradores.



9:03 AM



Un segundo Boeing 767 de United Airlines, correspondiente al vuelo 175 que también cubría la ruta Boston-Los Angeles, se estrella contra la Torre Sur. El impacto se produce entre los pisos 77 y 85. Viajaban a bordo 65 personas, incluidos los cinco secuestradores.


2.753
Fallecidos

Pisos 93 a 99
afectados

Pisos 77 a 85
afectados

La Torre Norte
colapsa. **10:28 AM**



9:59 AM La Torre Sur se desploma.



¿Qué ocurrió con el edificio 7 del World Trade Center?

El derrumbe a las 17:20 de este tercer edificio del WTC, ubicado a 100 metros de las Torres Gemelas, generó muchas especulaciones. La versión oficial es que la estructura habría colapsado, casi nueve horas después de los ataques a las Torres, debido al debilitamiento de las vigas por los incendios resultantes de los impactos de las aeronaves sobre las vecinas Torres Norte y Sur. La investigación oficial descarta que se haya tratado de una "demolición controlada", hipótesis sostenida por grupos que abonan teorías conspirativas.



UN NUEVO TIPO DE TERRORISMO

“NINGÚN PAÍS ESTÁ A SALVO DE ESTE TERRORISMO GLOBAL, DESCENTRALIZADO Y AUTÓNOMO”



> POR MARIANO BARTOLOMÉ

Doctor en Relaciones Internacionales. Profesor e investigador universitario. Profesor del Colegio Interamericano de Defensa.

El 11-S, primer ataque armado externo sufrido por EE. UU. en su territorio metropolitano en casi dos siglos, tuvo enormes efectos en el campo de la seguridad internacional. Y tuvo un protagonista claro, Osama Bin Laden, líder de la organización Al-Qaeda. Este grupo simbolizó un nuevo tipo de terrorismo, diferente y mucho más

letal que sus versiones anteriores: un terrorismo de base religiosa, alcance global, descentralizado y autónomo.

Los orígenes de ese grupo se remontan a la invasión soviética de Afganistán. Osama, un millonario saudí, financió el traslado a suelo afgano de miles de voluntarios musulmanes de diversas procedencia, y su entrenamiento en combate, para repeler al Ejército Rojo. Terminada la contienda, la mayoría de esos “combatientes afganos” altamente radicalizados volvieron a sus países de origen con la intención de continuar allí con esa yihad, que adoptaría características específicas e intransferibles en función de las particularidades locales. Proliferaron así organizaciones que apelaron a metodologías terroristas a partir de considerandos religiosos, desplazando a la ideología y a la narrativa de la “liberación nacional”, propia de la Guerra Fría. Otras entidades no estatales que se ajustaban a esa matriz, y aún se mantienen activas, eran el brazo armado de la organización chiita libanesa Hezbollah y el movimiento Hamas, palestino sunnita, vinculado con la Hermandad Musulmana. A falta de vocablos más apropiados, los académicos

oportunamente caratularon a estos actores como “fundamentalistas” (Eric Hobsbawn) o “integrismos” (Roger Garaudy). Hoy, un mayor conocimiento del fenómeno permite tipificarlos de manera más ajustada como variables de un “salafismo yihadista”. Sin embargo, esos veteranos permanecieron subordinados a Osama Bin Laden, quien mantuvo el liderazgo estratégico del movimiento, primero desde Arabia Saudita y luego desde Sudán. Cerrando el círculo, se radicaría en Afganistán tras el triunfo talibán en la dura guerra civil que siguió a la retirada soviética. Con estos antecedentes, Al-Qaeda continuó expandiéndose hasta transformarse en algo más que una organización: mutó en una red o *cluster* de grupos o entidades, presente en diferente grado en decenas de países. En esos momentos, especialistas en la cuestión comenzaron a hablar de la “globalización del terrorismo” como su estadio más avanzado.

A lo largo de ese proceso de expansión y en forma previa al 11 de septiembre, en forma directa o a través de filiales, la conducción de Al-Qaeda ejecutó numerosos golpes contra EE. UU., tempranamente identificado como “enemigo”. Aliados de



Atentados como el de Atocha, en Madrid, en el que los terroristas fueron ciudadanos locales, demostraron que “el enemigo” estaba en casa.

Washington en las campañas bélicas de Afganistán e Irak, tras el 11 de septiembre de 2001, también fueron blanco de las acciones de Al-Qaeda: tales fueron los casos de Madrid en 2004 y Londres en 2005. En ambos casos, ubicados a miles de kilómetros de los frentes de combate de Medio Oriente y Asia Central, los terroristas fueron ciudadanos locales: “el enemigo en casa”.

Con el antecedente de Al Qaeda en la década anterior, en el decenio que protagonizó el Estado Islámico de Irak y el Levante se volvió a elevar la vara del terrorismo. El grupo exhibió un radicalismo religioso aun mayor que su antecesor e igual grado de autonomía económica, producto de diferentes fuentes de financiamiento, incluidas la venta de petróleo y la comercialización de material arqueológico en los circuitos ilegales. Además, evidenció un magistral empleo de los medios de comunicación y de Internet para publicar sus acciones, difundir su prédica,

amedrentar a sus adversarios y reclutar nuevos miembros. La reinstauración del Califato, anunciado por su líder Abu Bakr al-Baghdadi tras la conquista de Mosul en junio de 2014, produjo la adhesión de decenas de miles de musulmanes en diferentes partes del globo. Así, volvió a recrearse una red terrorista global, descentralizada y autónoma con nodos en al menos una veintena de países del Magreb y Sahel, Medio Oriente y Asia.

Una importante proporción de adherentes fueron oriundos de Europa Occidental. Muchos de ellos viajaron a Siria e Irak para combatir en las filas de la organización, donde adquirieron destrezas que luego aplicaron en sus países de origen, a los cuales regresaron tras su experiencia bélica. Otros simpatizantes nunca abandonaron sus lugares de residencia, pues recibieron capacitación e instrucciones del grupo a través de diferentes redes sociales. En ambos casos, se reiteró el escenario del “enemigo en casa”, ahora con los llamados “lobos

solitarios”. Este formato, dirigido siempre hacia la población civil, hizo sentir sus efectos en ciudades de todos los continentes, con un saldo de centenares de muertos.

Es cierto que, tras la eliminación de Osama en Pakistán en mayo de 2011, Al Qaeda aceleró su declive. Sin embargo, continúa activa en diferentes regiones, sobre todo en el Magreb y la Península Arábiga. El Estado Islámico, por su parte, perdió su último bastión territorial con la caída de la localidad siria Baghouz en marzo de 2019; empero, gran cantidad de fuentes especializadas reportan su estado activo en el ciberespacio con intenciones de reorganización. Por eso, al momento de escribirse estas líneas, no ha cesado el peligro de este terrorismo radicalizado, global y autónomo, con importante empleo del ciberespacio, que hasta podría intentar el empleo de armas de destrucción masiva. Y como lo comprobó Argentina con la embajada de Israel y la AMIA, ningún país está a salvo de este flagelo. ▀

COMBATE A LA FINANCIACIÓN DEL TERRORISMO

“ARGENTINA SIGUE SIENDO UN ACTOR IMPRESCINDIBLE EN UN CONO SUR OSCILANTE”



> POR JUAN FÉLIX MARTEAU

Director del Centro sobre Seguridad Hemisférica, Terrorismo y Criminalidad Financiera (UBA). Exrepresentante argentino ante el el Grupo de Acción Financiera (GAFI) y excoordinador nacional para el Combate a la Financiación del Terrorismo

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 resignificaron categóricamente la estrategia contrterrorista contemporánea, asignando al combate de la financiación del terrorismo un lugar prioritario en la agenda global. El 28 de septiembre de ese año, el Consejo de Seguridad de la ONU dictó la Resolución 1373 (2001), que estableció que todo acto terrorista internacional constituye una amenaza para la paz y la seguridad internacionales, ordenó que todos los Estados reprimieran la recolección

y provisión de fondos para la comisión de estos hechos y congelasen los activos de los autores de estos delitos y de todos aquellos individuos o entidades designados por el nuevo Comité que la propia norma creaba. Como medida adicional, el Grupo de Acción Financiera (GAFI) estableció una serie de nuevas recomendaciones especiales para luchar específicamente contra la financiación del terrorismo. Se sentaron así las bases para que los países de la sociedad mundializada establecieran un verdadero “sistema nacional” que fuera capaz de provocar la interrupción efectiva de los flujos financieros que alimentaban a la insurgencia terrorista en cualquiera de sus formas. La condensación de este nuevo campo de intervención técnico-política permitió, de modo retrospectivo, echar luz sobre el presupuesto que Osama Bin Laden había logrado consolidar en los años previos al gran ataque —calculado en unos 30 millones de dólares anuales— y que le permitió solventar los costos operativos que conllevaba su tarea mesiánica. Respecto del *fundraising* de Al-Qaeda, ofreció un mejor entendimiento sobre el papel que tuvieron los donantes privados del Golfo que apoyaban el wahabismo radical y la red de ONG caritativas que recibían —y reasignaban— las contribuciones de los fieles del Islam. Por último, brindó una visión más precisa sobre los canales alternativos de remesas de fondos (*hawalas*) que, junto con el

transporte transfronterizo de bienes, permitían a los financistas una movilidad segura del dinero. En cualquier caso, la estructuración y el fortalecimiento del combate a las finanzas del terrorismo pusieron en contexto la sorprendente transformación que el 11-S significaba como registro de un acontecimiento dramático: con un proyecto cercano al medio millón de dólares, un grupo de yihadistas habían cambiando definitivamente el sentido de lo que se denominaba el “orden mundial”. Argentina adhirió al programa de estandarización normativa e institucional que suponía la nueva lucha contra el terrorismo y su financiación, pero sin ninguna estrategia racional que le permitiera comprender el lugar que podía ocupar en el mapa diseñado por EE. UU. y sus socios más poderosos. El trasfondo era el débil compromiso ético que podía ofrecer en esta cruzada mundial un país que, a fines de 2001, enfrentó la crisis económica, política y social más aguda de su historia. La singularidad argentina se terminaba de configurar con la tragedia que significa haber sufrido, años antes, los atentados contra la Embajada de Israel (1992) y la AMIA (1994), sin haber podido estructurar una respuesta judicial y diplomática severa y consistente para mitigar el impacto que generó la sordida impunidad que siguió a los ataques. Sin embargo, el país se acopló como pudo a esta materia, forjada en la fragua de la



Los poderes legislativos de los Estados tienen un rol fundamental en la prevención de la financiación del terrorismo internacional.

globalización técnica y científica: ingresó como miembro pleno a GAFI en 2000, justo en el momento en que este organismo ampliaba su mandato sobre esta materia. Las evaluaciones mutuas a las que se sometió, en 2004 y 2010, mostraron sus debilidades institucionales en este campo, impulsaron reformas y generaron algo de conciencia sobre la importancia del tema. En los 20 años que transcurrieron desde el 11-S, el Congreso aprobó casi la totalidad de los instrumentos internacionales contra el terrorismo, así como numerosas leyes que han ido conformando una arquitectura normativa en sintonía formal con las directivas internacionales. El Decreto 1225/2007 aprobó la primera Agenda Nacional en esta esfera, la Ley 26.734 incorporó el delito de “financiación del terrorismo”, el Decreto 918/2012 reguló la confiscación de bienes, se creó la Coordinación para el Combate de la Financiación del Terrorismo; se estableció el Registro Público de Personas y Entidades vinculadas

a Actos de Terrorismo y su Financiamiento, designándose a Hezbollah como “organización terrorista” y se firmaron, además, memorandos de entendimiento con otros países, mejorando la confianza entre las jurisdicciones.

Persisten, no obstante, problemas severos cuando se evalúa la efectividad de las medidas: 1) no existe una cabal comprensión de los riesgos de financiación del terrorismo que enfrenta el país y la Región, en especial, en la Triple Frontera; 2) la coordinación interinstitucional carece de facultades y recursos necesarios para que las agencias estatales especializadas y los “sujetos obligados” desarrollen una estrategia común; 3) los mecanismos de intercambio y la disseminación de información financiera no se encuentran debidamente regulados; 4) las fronteras porosas impiden el control del transporte físico de dinero, en particular, en el norte y el noreste; 5) la supervisión de las organizaciones sin fines de lucro en manos de autoridades provinciales fragmenta

el debido monitoreo de sus operaciones; 6) la ausencia de una legislación especial que criminalice los actos terroristas, permita la utilización de técnicas especiales de investigación y un uso racional de la información de inteligencia en el proceso penal, dificulta la aplicación de sanciones a los responsables; 7) no se ha logrado congelar ningún activo vinculado al terrorismo.

Frente a este enemigo más diseminado, oculto pero igualmente agresivo, nuestro país, aun habiendo perdido buena parte de su influencia relativa, continúa siendo un actor imprescindible en el oscilante concierto actual del Cono Sur. Paradojalmente, para dar cuenta de este desafío contemporáneo, Argentina deberá resolver el grave problema que la mantiene anclada en la tradición de la primera modernidad: cómo evitar que millones de jóvenes pobres (7 de cada 10) queden a merced de poderes fácticos y utopías de salvación que, con muy poco, pueden conducirlos al odio y la violencia extremos. ▀

UN NUEVO MEDIO ORIENTE

“EL CAOS PROVOCÓ LA BALCANIZACIÓN DE LA REGIÓN”



> POR RAQUEL POZZI

Analista internacional. Miembro del Centro de Investigación en Derecho Internacional e Integración Regional (CIDIIR) de la Universidad Nacional de Mar del Plata.

Veinte años transcurrieron desde el atentado del 11 de septiembre de 2001 en EE. UU. con un abanico de hipótesis e interrogantes. ¿Un nuevo orden mundial? ¿Una nueva configuración global? ¿O un desorden mundial? La complejidad del esquema internacional pos Guerra Fría otorgó un rol

preponderante al *mainstream* de las Relaciones Internacionales. Sin embargo, el elemento perceptual y semiótico es relevante para comprender por qué el ataque se focalizó en los emblemas identificatorios del poderío económico financiero y las sedes del poder político de EE. UU.

Una organización transnacional y descentralizada contra el suprapoder obligó a la reconfiguración de la política exterior norteamericana, ya que percibió la urgente necesidad de identificar el enemigo, su territorialidad y el Estado cómplice. La geopolítica se complejizó con otros actores y categorías conceptuales para homogeneizar a Medio Oriente en torno a los fundamentalistas islámicos. Estos operaban desde Afganistán, un Estado considerado por Occidente como “fallido”, con ejércitos de *muyahidines* y un organigrama de guerra no convencional. La administración de George W. Bush graficó el *identikit* de su enemigo y alineó las corrientes científicas, que consideraron a los atentados del 11-S como un acto esperado en un mundo donde las armas de

destrucción masiva en manos de grupos insurgentes podrían desactivar la unipolaridad. Esa era la agenda de la seguridad internacional, que identificaba al terrorismo islámico y a Medio Oriente como vectores del mal.

La teoría del “caos constructivo”, diseñada por la administración norteamericana con la invasión de 2003 a Irak, configura la hoja de ruta militar al servicio de los intereses occidentales a partir del “nuevo proyecto para Oriente Medio”. El caos se capitalizó, para los EE. UU., de manera “constructiva”, lo que generó divisiones interreligiosas e intertribales y promovió la “balcanización” de Oriente Medio.

La diplomacia transformativa de Condoleezza Rice tuvo como objetivo la edificación de democracias occidentales en la región, exceptuando a Arabia Saudita, un aliado estratégico de los EE. UU. por su control intrahegemónico regional y la captura del enemigo en común, Saddam Hussein. La alineación y lealtad saudí fue en respuesta al expansionismo del chiismo iraní en territorio iraquí, al tiempo que Teherán percibía el peligro que significaba para el régimen de los



Luego del 11-S, la interdependencia complejizó las relaciones internacionales en un mundo anárquico. En la foto, miembros de una milicia tribal hutí levantada en contra de Arabia Saudita.

ayatólas el avance del wahabismo saudí. El oeste de Irak, dominado por los sunníes y la insurgencia armada de Al-Qaeda, viró rápidamente hacia Siria frente a la posibilidad de derrocar a Bashar Al-Assad, exponente de la rama alaúita del Islam, coaccionando contra las ambiciones chiíes en Irak. Las muertes de Hussein y Bin Laden proveyeron de poder organizativo a estas fuerzas profundas ante el desconocimiento de las pretensiones desterritorializadas de Al-Qaeda y la yihad global. El debilitamiento del liderazgo de Al-Qaeda provocó pulsiones colectivas, lo que dio lugar a las revueltas árabes en la región del Magreb. Uno de los actores hegemónicos fueron los Hermanos Musulmanes, fuerza política que integró el puzle occidental en el diseño del “nuevo proyecto para Medio Oriente”. Sin embargo, el surgimiento de otro suprapoder regional, cuyas intenciones territoriales culminaron con la

creación del califato del Estado Islámico en Mosul, fue consecuencia directa de esas fuerzas que se dinamizaron y reorganizaron luego del derrocamiento de Gadafi en Libia y, por ende, la extensión de los tentáculos de la Primavera Árabe hacia Siria. Estas últimas dos décadas permitieron erigir los cimientos de la descentralización del poder y el carácter multicéntrico del mundo. De Irak a Siria, se diagramaron alianzas y enemigos en torno a Medio Oriente con características binarias: Irán contra Arabia Saudita, con asimetrías en la riqueza petrolera y en el poder nuclear. Luego del 11-S, la interdependencia complejizó las relaciones internacionales en un mundo anárquico. El caos constructivo fue apropiado por el expresidente Donald Trump con una reactiva arquitectura de control regional en el irresoluble conflicto entre Israel y Palestina. El poder letal de

los fundamentalismos se desvaneció y el poder estructural de los partidos políticos, que Occidente inoculó en algunos países árabes, estructuraron e institucionalizaron brazos armados para resistir, sobre todo en la media luna chiita, que se convirtió, a los ojos de Occidente, en el epicentro de las conspiraciones. Los Acuerdos de Abraham entre Israel y los estados árabes del Golfo colaboran en el fortalecimiento de la interdependencia con sus cambios y continuidades en el Magreb y Mashreq árabe. Con sus políticas sobre Irak e Irán respectivamente, Bush y Trump condicionaron el margen de maniobra de cualquier pretensión hegemónica en la región, que cuenta, esta vez, con sociedades civiles rebeldes contra el oscurantismo de las agendas sistémicas y con la irrupción de dialécticas y agendas eclécticas de países emergentes con fuerte incidencia en la gobernanza mundial. ▀

11-S Y LUCHA POR EL PODER GLOBAL

“CHINA APROVECHÓ LA LARGA DISTRACCIÓN DE EE. UU.”



> POR FABIÁN CALLE
Politólogo, analista internacional.

A 20 años de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, las fuerzas del Pentágono están en la fase final de la retirada de Afganistán. Fue la guerra más larga en la historia de las FF. AA. de EE. UU., si bien ha sido poco letal si consideramos el número de caídos entre los efectivos americanos y lo comparamos con los conflictos de alta intensidad que la superpotencia tuvo a lo largo del siglo pasado.

Un principio básico en los estudios de seguridad internacional, frente a un método

o instrumento como es el terrorismo, es preguntarse qué quieren los terroristas que yo haga o deje de hacer frente a su agresión a personas que no son combatientes. El terrorismo es la táctica, la clave es acertar su objetivo estratégico. Si mi respuesta no es la esperada ni la deseada por ellos, ya tengo parte sustancial de la victoria en mis manos. La administración de George W. Bush y su equipo de delirantes neoconservadores, muchos de ellos marginados por el mismo Reagan en su segundo mandato, no siguió este principio básico.

El propósito de Bin Laden y su organización Al-Qaeda fue, justamente, provocar la ira de EE. UU. y meterlo en el pantano de guerras e inviables ingenierías sociales en búsqueda de crear sociedades democráticas en Medio Oriente. Esa irrupción violenta y masiva de EE. UU. le serviría a los fundamentalistas para mostrar la supuesta existencia de una “cruzada” de los infieles occidentales y cristianos sobre tierra musulmana. De esa manera, se potenció una dialéctica y una espiral ascendente de muerte y violencia.

Dos décadas después, más del 90 por

ciento de las primeras, segundas y terceras líneas de Al-Qaeda fueron eliminadas, empezando por el mismo Bin Laden. Los neoconservadores de Bush se olvidaron, por ignorancia o adrede, de un principio básico usualmente repetido por el politólogo Giovanni Sartori: “Es imposible que florezcan la democracias y la división de poderes en sociedades que aún no se han secularizado”. En comunidades teocráticas, la voz del pueblo no es la voz de Dios, sino la voz de los religiosos que dicen interpretar a Dios. Frente a eso, las elecciones y los mandatos populares tienen menos peso que una pluma.

Si bien Bin Laden y parte sustancial de su gente no han vivido para poder ver lo que lograron, hay un actor estatal dotado de una ideología fóbica a la religión, el marxismo, que entiende a la idea de transcendencia como el “opio de los pueblos”, y que ha usufructuado ese desgaste americano en Medio Oriente. Nos referimos al Partido Comunista Chino, que supo aprovechar estos 20 años para incrementar su poder económico y militar en la zona Asia-Pacífico y a nivel internacional. De esta forma, se aceleró la transición del



El Partido Comunista Chino fue el más beneficiado por la estrategia internacional adoptada por los EE. UU. pos 11-S.

mundo unipolar de 2001, dominado por EE. UU., a un escenario de rasgos cada vez más bipolares, como es el del presente. Una mirada realista y prudente del mundo dos décadas atrás ya ponía en evidencia que el desafío para el poder americano era retrasar, todo lo posible, el avance de China y extender, en lo que fuese posible, la unipolaridad. Ello requería visión de largo plazo, para lo cual era necesario evitar guerras y cruzadas infundadas, y lograr una fuerte articulación política y estratégica con viejos y nuevos aliados. Era imprescindible no dilapidar el prestigio y el *soft power*. Desde 2001 hasta el ascenso de Trump al poder, George W. Bush y Barack Obama no cumplieron sustancialmente con esa premisa. Siguieron chapoteando en los pantanos afgano e iraquí;

tensionaron de más la relación con Rusia, que no constituye un desafío comparable a la Unión Soviética y mucho menos a China; y no terminaron de asumir que la firme voluntad de Pekín era desafiar el poder americano. Trump intentó corregir varios de estos yerros, pero desde el primer momento fue bombardeado por pedidos de juicio político por haber llegado al poder, supuestamente, con ayuda rusa, acusado de tremendismo y agresividad en su trato con China, y de imprudente por querer abandonar rápidamente las campañas bélicas en el Medio Oriente. Mientras tanto, China seguía rezando—si es que los comunistas lo hacen—para que EE. UU. se siguiese equivocando. Como decía Napoleón Bonaparte: “Cuando el enemigo se equivoca, no hay que hacer nada para distraerlo”. Por esos cisnes

negros o sorpresas estratégicas de la política internacional, el virus originado en China a fines de 2019 fue clave para crear un clima económico y de opinión pública que impidió lo que parecía ser la segura reelección de Trump y su continuidad en la Casa Blanca. Los primeros meses de la administración Biden parecen mostrar una tendencia a hacer lo mismo que Trump intentó. Esta vez, obviamente, sin que los sectores más activos del Partido Demócrata pongan el grito en el cielo. Mala noticia para China. Habrá que ver si no es ya demasiado tarde para que Washington recupere el terreno perdido o, al menos, no lo siga perdiendo. Vaya uno a saber si en poco tiempo más China y sus aliados en el mundo, incluida la Argentina, no terminan extrañando a Trump y su ladrar sin morder. ▀

EL CAMPO DE BATALLA POS 11S

“LA GUERRA BASADA EN LA EXACTITUD ES EL NUEVO ESTÁNDAR”



> POR JUAN BATALEME

Secretario académico del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI).

Los atentados del 11-S fueron un momento de *shock* que forzó un cambio en la conducta y posicionamiento estratégico de EE. UU. Su superioridad militar, basada en el poder aéreo y naval, permitió a Washington pasar de una posición reactiva a una activa, lo que dio comienzo a una etapa expansiva y ofensiva de la unipolaridad. Previamente, aunque activo y preocupante, el terrorismo era considerado un fenómeno manejable mediante una respuesta contundente

en términos de uso de la fuerza.

Los atentados a las embajadas en Kenia y Tanzania y al navío USS Cole mostraban un enemigo más decidido, frente un EE. UU. vulnerable al yihadismo y que tenía que lidiar, además, con las propias peleas organizacionales acerca de cuál debía ser la respuesta adecuada en contra de Osama Bin Laden y su red de terrorismo global, tal como expresa Lawrence Wright en *La Torre elevada*.

El 11-S resolvió la competencia interorganizacional, reemplazándola por esquemas de cooperación interagencial que tampoco funcionaron adecuadamente, ya que crearon nuevos problemas cuando pusieron al poder militar en el centro de la estrategia. Pelear contra Al-Qaeda en Afganistán y la ocupación militar de Irak supuso abandonar la máxima de Colin Powell: “Siempre que se inicie un conflicto, hay que tener una idea clara acerca de cómo terminarlo y salir de él”. Las misiones de estabilización se probaron, asimismo, como una tarea compleja y frustrante. Fueron veinte años sin victorias decisivas, caracterizados por largos enfrentamientos de desgaste. En estos conflictos de baja intensidad, el centro de la escena

lo ocupó el llamado “cabo estratégico”, en tanto soldado, policía y pacificador. Esta situación obligó a realizar cambios en las organizaciones militares, y surgieron doctrinas, como la de las “operaciones militares más allá de la guerra” (MOOTW, por su sigla en inglés) y la expansión del accionar militar al campo de las agencias de ayuda civiles.

A nivel estratégico operacional, asistido por la combinación de sistemas satelitales, armas dirigidas (inteligentes), poder naval y aéreo, sumado a una abundante capacidad de inteligencia basada en sensores, en la “guerra global contra el terrorismo”, EE. UU. dotó a su accionar militar de un alcance global, con la reorganización de los comandos de combate y un extenso despliegue militar, a partir del acceso y control de los espacios comunes. Sus rivales comenzarían, en el 2007, a pensar en una estrategia operacional que hoy conocemos como “antiacceso” y “de denegación de área”.

La superioridad militar en los espacios comunes (aire, mar y espacio ultraterrestre) no se tradujo en una ventaja clara en el espacio terrestre y costero, la denominada “zona en disputa”, en los términos de Barry Posen.



Los drones y las aeronaves no tripuladas tuvieron un rol protagónico en la denominada “guerra global contra el terrorismo”.

Los entornos urbanos fueron la estrella de todos estos conflictos y lo seguirán siendo gracias a la centralidad que tienen las ciudades en la geografía militar moderna. Ese escenario habilitó la llegada e integración activa de los robots en el terreno de operaciones, lo que dio paso a la “era del robot de combate” que vivimos actualmente.

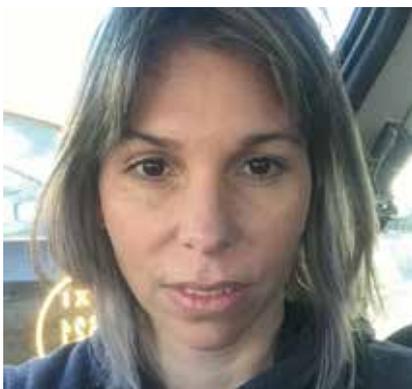
En estos veinte años, hemos asistido a dos clases de asimetría. La primera deviene de la tecnología y del esfuerzo por obtener victorias rápidas y decisivas, que limitan tanto los daños propios como los colaterales. El triunfo mediante la tecnología es el “santo grial” de la estrategia militar norteamericana. La segunda asimetría se refiere a la forma en que los contendientes plantean sus “relacionamientos estratégicos”. Las campañas de contrainsurgencia que se planificaron tanto para Afganistán como para Irak tuvieron que ceder paso a acciones quirúrgicas, como las de

contraterrorismo, lo que provocó un incremento del uso de unidades de operaciones especiales combinadas con ataques de precisión mediante vehículos aéreos no tripulados. Para los grandes poderes, la guerra basada en la exactitud se transformó en el estándar, pero también crecieron los reclamos por violaciones a los derechos humanos a medida que recrudescían los problemas de la ocupación. Estas campañas extendidas provocaron un *deja vu*. El mantra “ganar corazones y mentes” reapareció en todos los conflictos armados. Las operaciones de información o psicológicas no son nuevas; sin embargo, su alcance es lo que preocupa. Utilizadas para confundir, generar disrupciones, reclutar y realizar espionaje de fuentes abiertas, buscan provocar “estados alterados” en quienes son el blanco de dichos esfuerzos de manipulación, y paralizan a una sociedad. Nos encontramos ante una nueva Revolución en los Asuntos Militares

(RAM), de destino incierto, producto del acortamiento de la brecha entre EE. UU. y el resto de los grandes poderes. El último lustro ha visto el reverdecer de las lógicas militares vinculadas a la superioridad que trae aparejada la tecnología puesta al servicio de los grandes poderes. La modernización de las armas nucleares, el afianzamiento del espacio ultraterrestre como campo de batalla, la actualización y despliegue de los escudos antimisiles, la finalización de los acuerdos que mantuvieron la arquitectura militar de la Guerra Fría, el despliegue de la inteligencia artificial y las sospechas de mutaciones biológicas fabricadas adrede hacen suponer que los próximos veinte años tendrán un grado de inestabilidad estratégica mayor ya no solo en la periferia, sino también en el centro. La transformación deja sus huellas en el campo militar, con un destino incierto para la humanidad. ▼

INTEGRISMO ISLÁMICO

“EL ISLAM NO ES SINÓNIMO DE TERRORISMO”



> POR MARÍA SOLEDAD MANASSERO

Magíster en Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Becaria doctoral del Conicet. Autora del libro *Terrorismo internacional: la percepción de la amenaza en el escenario de la seguridad internacional*.

Con motivo de los 20 años del mayor atentado terrorista en suelo estadounidense, un golpe certero al símbolo económico y militar del país, no podemos dejar de preguntarnos si la asociación que se hizo durante muchísimo tiempo en torno al terrorismo, el Islam, el integrismo y el mundo islámico ha sido modificada o se mantiene vigente.

En septiembre de 2001, se produjo a nivel internacional una gran confusión, que introdujo en la sociedad una incompreensión total de la cultura islámica, en gran parte, ayudada por los medios de comunicación masiva, seguramente, en esa vorágine en la que se encuentran inmersos los profesionales encargados de cubrir todos los aspectos relativos al terrorismo, en la cual, tal como señala Mohamed Bensalah: “Observadores y testigos de la actualidad se ven (...) obligados a interpretar los acontecimientos

y a proponer interpretaciones. Les toca entonces hacer malabarismos entre el imperativo objetivo de informar y el respeto de los límites que no hay que transgredir”. Sin embargo, esta situación no resulta nada justa para aquellos que profesan el Islam.

Cabe dejar en claro que si bien los atentados fueron producidos por organizaciones islámicas, se alejan sobremedida de la esencia misma del Islam. El fundamentalismo islámico no debe ser considerado como sinónimo de terrorismo, ni el Islam ni el fundamentalismo islámico deben ser responsabilizados como los causantes del “mal” (en la visión occidental), sino que los atentados del 11-S están íntimamente ligados al neofundamentalismo islámico, en donde la figura sobresaliente fue la de Osama Bin Laden y su red Al Qaeda. Es importante destacar que cuando



Después del 11-S se produjo una estigmatización de los grupos religiosos islámicos, que fueron identificados directamente con el terrorismo islámico.

hablamos de neofundamentalismo o grupos neofundamentalistas no debemos caer en la confusión de creer que el prefijo “neo” nos conduce al mismo estadio que el fundamentalismo pero con una mayor cercanía en el tiempo. Muy lejos de esa afirmación se encuentra el neofundamentalismo. Es por eso que, para evitar caer en esa falacia, y utilizar “fundamentalismo” y “neofundamentalismo” como sinónimos, decidimos ser aún más precisos con el concepto a emplear.

Siguiendo la definición que Philippe Migaux nos brinda en *The Roots of Islamic Radicalism*, el neofundamentalismo es definido como el “terrorismo yihadista o islamista” en el cual activistas islámicos utilizan al terrorismo, ya sea de forma indiscriminada o señalando un objetivo para imponer sus ideas o

su identidad política.

Tras los atentados del 11-S esta clase de “superterrorismo” se manifiesta en su máxima expresión. Este terrorismo islámico no posee una visión política y, por lo tanto, no hay posibilidades de negociación. El objetivo es muy diferente, pues lo que se busca es empujar a la radicalización de las masas. Es por eso que el mensaje del terrorismo islamista tiene más que ver con lo revolucionario que con lo religioso.

Respondiendo a la pregunta inicial, es posible decir que si bien en el mundo se habla, por un lado, de integración y de no discriminación, por otro, la confusión, la estigmatización y el desconocimiento siguen reinando y utilizándose consciente o inconscientemente como sinónimos de terrorismo e Islam.

Creo que es hora de repensar la forma en que miramos a aquellos que no piensan igual que nosotros, de respetar su cultura y su religión, sus tradiciones y creencias. Hasta que no entendamos la cultura del otro y empaticemos con él, seguiremos en la ignorancia y sin comprender el verdadero objetivo que poseen las células terroristas.

Como corolario, me gustaría agregar que el terrorismo es un estado *per se*. Es decir, se define según lo que cada uno cree que es o no “terrorismo”. Es por ello que hasta que no exista una definición aceptada universalmente sobre lo que es “terrorismo”, no podremos encarar esta lucha de forma multilateral, que es, a mi entender, la única manera de combatir este mal que aqueja al mundo. ▀

LAS LECCIONES DEL 11-S

“LAS GUERRAS COMIENZAN ANTES DE TIRAR LA PRIMERA BALA”



> POR VIRGINIA TUCKEY

Analista política. Especialista en política de EE. UU. y el Reino Unido. Representante de Republicans Overseas en Argentina.

Hace veinte años, un plan siniestro estaba a punto de cambiar el mundo. El mayor atentado terrorista de la historia se llevaba a cabo contra los estadounidenses en su propio país. Cuatro aviones secuestrados con cuatro objetivos

definidos: las Torres Gemelas, el Pentágono y el Capitolio, este último frustrado como consecuencia del enfrentamiento de los pasajeros contra los secuestradores del vuelo 93 de United.

Al tomar dimensión de lo que había sucedido, lo más grave pasó a ser lo que podría pasar más tarde. ¿Qué espíritu de moralidad podría detener a quienes fueron capaces de llegar tan lejos? ¿Y si el próximo paso era tirar arsenal nuclear o armas químicas? ¿Cuál es el límite? ¿Se pudo haber evitado? Sí, se pudo haber evitado.

Esta no era la primera vez que el terrorismo tocaba suelo estadounidense. En febrero de 1993, Ramzi Yousef, sobrino de uno de los ideólogos del ataque del 11 de septiembre, llevó adelante un atentado contra la Torre Norte con un coche bomba. La idea era explotarlo en el subsuelo para que este edificio, al explotar, colapsara sobre la Torre Sur. El objetivo no se pudo cumplir, pero más de mil heridos y seis muertos fueron el saldo de aquel ataque terrorista.

Al-Qaeda estaba en plena expansión, y las redes del extremismo islámico empezaban a hacerse notar en sus distintas ramificaciones con el mismo *modus operandi*. En julio de 1994, en un período de nueve días, Argentina, Panamá y el Reino Unido sufrieron ataques terroristas. Medio Oriente y el extremismo islámico fueron los protagonistas.

Reportes del Congreso, informes de la fundación Heritage y consejos de especialistas en terrorismo recomendaron y advirtieron al entonces presidente Bill Clinton que el terrorismo apuntaba a EE. UU., y que la amenaza estaba dentro del propio territorio. Sin embargo, la amenaza no fue tomada en serio.

El 10 de septiembre de 2001, desde Australia, Bill Clinton decía lo siguiente: “Casi lo atrapo. Y podría haberlo matado, pero tendría que haber destruido una pequeña ciudad llamada Kandahar, en Afganistán, y matar a 300 mujeres y niños inocentes, y entonces no habría sido mejor que él. Por lo tanto, no lo hice”. Se refería a Bin Laden, quien diez



La administración Clinton tuvo una oportunidad clara para eliminar a Bin Laden mucho antes de los atentados del 11-S.

horas después de esta declaración, asesinaba a 2996 personas y dejaba heridas a más de 25.000.

Las guerras comienzan antes de tirar la primera bala, y fue esto lo que la administración Clinton no supo detectar. Las consecuencias fueron inevitables.

El 11 de septiembre de 2001, el presidente era George W. Bush. Llevaba siete meses en la Casa Blanca y se enfrentó a la decisión más determinante para el futuro inmediato de la seguridad de su país y del mundo. La reacción fue inmediata al declarar el estado total de guerra contra el terror, sus aliados y *sponsors*. Sin piedad, se pronosticaba una larga lucha, una larga guerra.

Las críticas facilistas apuntaron a informes de inteligencia recibidos por Bush sobre un inminente atentado terrorista, la concentración de las fuerzas terroristas en Afganistán luego de comenzada la guerra, o la inexistencia de armas de destrucción masiva en poder de Saddam

Husein. La inminencia de un ataque terrorista llevaba décadas. Había una fuerte hipótesis que se llevaría a cabo en suelo americano, pero no se sabía cómo, ni cuándo ni dónde. Pero sí se sabía quién estaba detrás de esta amenaza: el hombre que Clinton no había querido matar.

La concentración de las distintas ramas del terrorismo islámico en Afganistán fue el objetivo de la administración Bush, de manera de descomprimir las células expandidas por todos lados, focalizarlas y aniquilarlas. Las bajas que se sucedieron a lo largo de los años confirman que la estrategia funcionó.

En cuanto a las armas de destrucción masiva, este era solo uno de los puntos que justificó la invasión a Irak. El otro motivo era que se trataba del principal Estado *sponsor* del terrorismo. Saddam Husein no permitía acceso a agentes de la ONU para controlar si había cumplido con la destrucción de las armas químicas. Imágenes satelitales tomadas

durante décadas sugerían que estaba sacando estas armas por la frontera. Cuando se produjo la invasión a Irak, no aparecieron arsenales ni grandes cantidades de ellas, pero se encontraron armas químicas, y cientos de soldados americanos han sido víctimas de ellas. Incluso, el reticente diario *New York Times* lo tuvo que reportar. Bush hizo lo correcto; ante la duda, no se podía confiar en un tirano.

El ataque, la prevención y la persecución del terrorismo han sido exitosos, pero no han acabado con el problema, solo lo han apaciguado. Veinte años después, nuevas amenazas ponen en jaque al mundo libre. En nombre de quienes han dado sus vidas por sostener la libertad, urge el llamado a reflexionar sobre las lecciones que el 11 de septiembre ha dejado. Al tirano no se lo compadece, al tirano se lo aniquila. Al terror no se lo lleva a tribunales; al terror se lo extermina. ▀